

Nombre de la publicación:
 "LA NACION"
 Ciudad SANTIAGO
 Fecha: Año 1971 Mes Agosto Día 4
 Página 3 Columna 1
 Ubicación del recorte
 Biblioteca del Congreso Nacional — Anexo

ACERCA DE LA LEALTAD

La directiva nacional del Partido Demócrata Cristiano está cosechando lo que sembró: quien siembra vientos, cosecha tempestades; y si se atrevió a desafiar la conciencia de las bases, pactando indecorosamente en Valparaíso con los enemigos jurados del pueblo, no pueden esos jefes llorar hoy como mujeres, lo que no supieron defender como hombres. Aquellas aguas trajeron estos lodos. Y ahí tienen al propio Presidente Provincial del puerto, diputado Osvaldo Giannini, acompañado por prácticamente la totalidad de los dirigentes de esa provincia, debiendo agregarse la unanimidad la militancia, que se van del partido porque no pueden aceptar que con su fe se haga escarnio y con sus personas una transacción comercial.

Dura lección. Pueden saber ya los que manejan a la Democracia Cristiana que cada vez que pacten con el momiaje cavernario, harán pedazos un movimiento que encarnó la voluntad de cientos de miles de cristianos, deseosos de sustituir el régimen capitalista por una sociedad socialista. Y esos cientos de miles de hombres, de mujeres y de jóvenes, renacen como el fénix de las cenizas de esa tra-

ción, para levantar la enseña de la Izquierda Cristiana, movimiento que en un plazo de treinta días volverá a tomar las banderas de la ideología escarnecida, para hacerlas flamear con el pueblo, junto al pueblo, dentro del pueblo, en lealtad, en fraternidad y en unidad.

Porque resulta una blasfemia que la mesa presidida por el senador Irureta llame a celebrar un "acto de la lealtad", olvidando que la mayor de todas las deslealtades es convenir, pública o solapadamente, una acción antipopular con la oligarquía criolla. Tendríamos mucho que conversar sobre lealtad, con esos dirigentes. Deberíamos recordarles que llegaron en 1964 a la Presidencia de la República con los votos de la reacción y que ellos los entraron, digan lo que digan, durante todo el sexenio. Deberíamos señalarles que volvieron a coaligarse en Valparaíso, en 1971, con esos mismos momios, y que se dejaron imponer como candidato a un hombre que había desafiado la paciencia de su propia militancia en el puerto. Y nos veríamos precisados a insistir en que rechazaron el voto de Bosco Parra, hace muy pocos días, en el cual limpia y sencillamente se levantaba un mu-

ro entre la Democracia Cristiana y la derecha.

Sería bueno subrayar, además, que el aporte del freísmo a la candidatura de Radomiro Tomić fue precario, y que el propio Frei, desde su alta ubicación, procuró favorecer la postulación de Alessandri. Por algo se han ido del partido cinco de los hijos de Radomiro Tomić y, seguramente, el propio líder, que fue uno de los dos conductores de su movimiento, el general que salvó a más de ochocientos mil soldados de un inminente desastre, se siente herido en el ala, reteniendo por prudencia sus opiniones tajantes.

Todo esto ha sido provocado por la "deslealtad" al programa y la "traición" a los principios. ¿Cómo puede, entonces, esa directiva, llamar a sus raleadas huestes a celebrar el "acto de la lealtad"? ¿Lealtad a qué? O, ¿lealtad a quién? ¿Quiénes van a hablar sobre lealtad en ese día? ¿El doctor Oscar Marín? ¿Jaime Castillo Velasco? ¿Patri-cio Aylwin? ¿Andrés Zaldívar? ¿O, quizás, en un acto supremo de contrición, el propio Eduardo Frei?

Cuando se les advirtió a esos dirigentes, el mismo día de saberse

los resultados de Valparaíso, que la dinámica del proceso revolucionario barrería con el transitorio "empate" que se evidenciaba, se encogieron de hombros, con escepticismo, pensando en que tenían pavimentado el camino de la revancha hasta 1976. Ellos siguen creyendo que el Chile de hoy, en plena etapa de los cambios, de la reforma agraria, de la nacionalización del cobre y de la estatización de la banca privada, es el mismo país de antaño, en que los ricos vivían de los pobres, y los pobres, de su trabajo. Una nación en que el pueblo carecía de derechos y se le parcelaba la conciencia.

Precisamente, quisieron usar la Democracia Cristiana para dividir al pueblo y, mediante el usufructo de una parte de su conciencia, favorecer el retorno de la derecha. Esa era la razón del "empate" electoral y político, cuya transitoriedad dependía del ritmo con que el pueblo "unificara" su conciencia. Y este gigantesco movimiento de rebeldía doctrinaria, de "lealtad" programática, que llama a una Constituyente en treinta días más para levantar los pendones de la Izquierda Cristiana, es la herramienta que la lucha de clases, o sea el destino histórico, pone en las ma-

nos de los trabajadores chilenos para mostrar su verdadera fuerza y recobrar su primitivo impulso.

Se les acabó su cuarto de hora a los alharaqueros que aullaban como tarzanos de pacotilla, sobre el leoncito de utilería que se consiguieron en el puerto. Ahora se miran unos a otros, desconcertados y con miedo, llaman a su "saldo político" a celebrar entre cuatro paredes el "acto de la lealtad" y observan a su "fúlmine" porteño al descalabrado médico triunfante, con evidente aprensión, a fin de que no les haga "mal de ojo".

En su simulación "populista", a los directivos de la Democracia Cristiana no les queda otro recurso que formar un frente con los "amigos de los animales", algunos boy scouts disidentes y los "abstemios arrepentidos", porque con el pueblo ya nada tienen que hacer y, si se vuelven a coaligar con los fascistas y los momios, tendrán que estar dispuestos a soportar un terremoto del grado 10, por lo menos.

Ese es el precio de la "deslealtad", por lo que llamar a la celebración del "acto de la lealtad" es casi lo mismo que nombrar la soga en la casa del ahorcado.